

do, y estaba desde el primer momento decidido á que al desarme militar siguiera la pacificación política para que nunca pudieran volver ni la anarquía ni la guerra civil. Con esto se venían abajo todos los cálculos que el gabinete inglés había hecho sobre complicaciones que pudieran surgir entre Francia y Suiza, cuando buscó pretextos para aplazar primero y negar despues la evacuación de Malta, faltando con ello al tratado de Amiens. En 29 de enero de 1803 dijo Napoleón á los cinco plenipotenciarios del partido aristocrático suizo, que en otro tiempo habían pedido la protección de las grandes potencias y especialmente de Inglaterra (1): «Debeis convenceros de que para vosotros no hay salvación fuera de Francia y de que habeis desconocido vuestros verdaderos intereses cuando os habeis dirigido á las potencias extranjeras. Ninguna de estas se ha cuidado de vosotros ni ha pensado en seros útil. Todos los pasos que vuestros jefes han dado cerca de las cortes de Viena, Berlin y San Petersburgo me han sido inmediatamente comunicados por ellas. Solo queda Inglaterra: pues bien, yo os declaro que antes sacrificaré 100,000 hombres que tolerar que esta nación se mezcle en vuestros asuntos. No quiero otra Guernesey al Este del territorio francés. Inglaterra, sin embargo, no ha intercedido nunca por vosotros, y esta ha sido vuestra suerte, pues en cuanto el gabinete de Saint-James diga una palabra oficial, sea en la *Gaceta de Londres*, sea en las entrevistas diplomáticas, estais perdidos: os agrego á la Francia. A la mas pequeña indicación de aquella potencia que pueda inspirar algun cuidado, yo seré vuestro primer *landammann* y llegaré á serlo de hecho.»

En aquella misma ocasión (2) se manifestó con gran delicadeza favorable á las soberanías populares puras y al restablecimiento de los municipios rurales en los pequeños cantones de la antigua Suiza. «El restablecimiento, — dijo, — del antiguo orden de cosas en los cantones democráticos es lo mejor para vosotros y para mí: ellos son los que os distinguen en virtud de vuestro modo de ser constitucional y los que os hacen interesantes á los ojos de Europa. Sin estas soberanías democráticas, no tendríais nada que no se encontrara también en otras partes, careceríais de color local. Meditad muy bien cuán importantes son estos detalles distintivos; no pudiendo compararlos con otros Estados, guardaos de cambiarlos ó de confundirlos. Yo sé muy bien que la Constitución de estas soberanías democráticas contiene una porción de absurdos y que no resiste á un exámen hecho con los ojos de la razón; pero el caso es que subsiste desde hace muchos siglos, que tiene su origen en el clima, en la naturaleza y en las necesidades y costumbres de los habitantes heredadas de tiempos remotos, y que está en armonía con el espíritu local; y nadie debe, por lo mismo, querer tener razón contra la necesidad. Podeis suprimir ó limitar los municipios rurales, pero luego no hableis de democracias y apenas de república. Los pueblos libres no han sufrido nunca que se les despoje del ejercicio directo de su soberanía: no conocen ni quieren conocer esas modernas invenciones del sistema representativo que destruyen los accidentes esenciales de una república. — ¿Por qué queréis privar á los pastores del único entretenimiento de que pueden disfrutar? Dada vuestra vida monótona que os deja muchos ratos de ocio, es natural y necesario que os ocupeis directamente en la cosa pública. Es cruel arrebatár á los pueblos pastoriles los derechos de que están tan orgullosos, cuyo ejercicio se ha arraigado tanto en ellos y de los cuales no pueden hacer un uso perjudicial. En el momento en que sean de temer per-

(1) Bonaparte, Talleyrand y Staffer. Zurich, 1869, pág. 232.
(2) Bonaparte, Talleyrand y Staffer, pág. 236.

secuciones y explosiones de apasionamientos populares, la Dieta sabrá reducirlos á la obediencia.»

Conforme á estos principios fundamentales, la llamada «Acta de mediación» que Bonaparte entregó en las Tullerías á los plenipotenciarios suizos, en 19 de febrero de 1803 (3), restablecía la antigua Confederación de los cantones independientes, aumentada con la inclusión en ella de países antes vasallos que entonces fueron elevados á la categoría de cantones, y libres de privilegios y de desigualdades que habían subsistido en el interior de antiguos cantones gobernados oligárquicamente. De los diez y nueve cantones que en adelante habían de constituir la Confederación, los de Vaud y Argovia habían estado hasta entonces bajo la dominación de Berna, el de Turgovia bajo la de Schaffhausen y el del Tessino bajo la de Uri y Unterwalden: todos ellos fueron reconocidos independientes como antes lo habían sido los demás. Los otros quince cantones eran: Appenzell, Basilea, Berna, Friburgo, Glaris, los Grisones, Lucerna, Saint-Gall, Schaffhausen, Schwyz, Soleura, Unterwalden, Uri, Zug y Zurich; faltaban todavía Ginebra, Valais y Neuchâtel, cuya inclusión debía completarse hasta veintidos el número de los cantones de la actual Suiza. Los antiguos cantones democráticos de Appenzell, Glaris, Schwyz, Uri y Unterwalden recobraron sus antiguos «municipios rurales»; Berna, Zurich, Basilea y otros recuperaron sus «municipios urbanos», con la sola condición de que no pudieran cerrar en absoluto sus filas. Se restablecían el gran Consejo para la legislación, el pequeño Consejo para el gobierno y el cargo de *ammann* ó burgomaestre como funcionario ejecutivo encargado de vigilar al pequeño Consejo.

Al frente de Suiza había una Dieta á la cual cada cantón enviaba un representante, que tenía uno ó dos votos, según la extensión del cantón que representaba. Los representantes de Berna, Zurich, Vaud, Saint-Gall, Argovia y los Grisones, cuyas poblaciones pasaban de 100,000 almas, tenían dos votos: los demás solo tenían uno. De suerte que la Dieta, compuesta de diez y nueve representantes, reunía veinticinco votos. Congregábase un mes cada año y cada vez en un cantón distinto de entre los señalados para ello, que eran los de Friburgo, Berna, Soleura, Basilea, Zurich y Lucerna. El cantón en que se reunía la Dieta era durante todo el año la «residencia presidencial»; su *ammann* era el *ammann* de toda la Suiza, y estaba encargado de recibir á los ministros extranjeros, de acreditar á los ministros suizos, de convocar las milicias y de ejercer todos los derechos del poder ejecutivo de la Confederación. Los derechos de ésta eran ciertamente muy exiguos. La Confederación sostenía un ejército de 15,000 hombres, que le costaba 490,500 libras anuales: los contingentes de este ejército y la distribución de las tropas y de los gastos que ocasionaban estaban señalados en la Constitución en proporción á la extensión y riqueza de los diferentes cantones. El servicio militar era obligatorio para todos los suizos, y además, todo el que había sido diez y seis años soldado pasaba á formar parte de la milicia local y podía ser llamado á la defensa de la independencia del país. La unidad de Suiza se manifestaba, además del ejército y de la Dieta, en una moneda federal y en los impuestos aduaneros federales, los cuales, sin embargo, eran percibidos en su propio provecho por los cantones fronterizos.

Al día siguiente de haber terminado esta obra de mediación, presentó el primer cónsul al Senado y al Cuerpo legislativo una nueva memoria sobre la situación de la República (4), en la cual pudo hacer notar de un modo muy especial

(3) Thiers, tomo IV, pág. 264. Mural: Reinhard, pág. 143.
(4) Corresp., VIII, págs. 214-215.

los progresos realizados en la construcción de carreteras y de canales.

Catorce millones producto de los derechos de transporte y diez millones como suplemento se aplicaron, durante el año X, á mejorar y conservar antiguas carreteras y á construir otras nuevas: entre estas últimas figuraron tres que iban á Italia por el Simplon, por el Mont-Cenis y por el Mont-Ginebra; una gran vía militar de Génova á Marsella; otra de Pont-Saint-Espirit á Cap; otra de Rennes á Brest, por Pontivy, y otra de Bingen á Coblenza, en la orilla izquierda del Rin. Las obras del canal de San Quintín se proseguían con gran actividad; el canal de Ourcq había sido inaugurado y prometía grandes ventajas á la ciudad de Paris. El canal que debía enlazar la navegación del Sena, del Saona, del Doubs y del Rin estaba casi terminado hasta Dole, y la elevación del precio de las maderas, que fué resultado de estas obras, indemnizó al Estado de los gastos de construcción. Habían comenzado las obras de los canales de Aigues-Mortes y del Ródano y la desecación de los pantanos del bajo Charente. Por todas partes se ofrecían, pues, perspectivas de nuevas vías de comunicación y de nuevos territorios cultivables. En la memoria se hacía una descripción halagüeña del magnífico florecimiento de todas las fuerzas vitales, debilitadas y paralizadas durante tanto tiempo; del prodigioso resultado que iba á producir el nuevo régimen de paz, tan firme como inteligente y activo, para la curación de las diferentes heridas que había sufrido el Estado. Al final de la memoria se hablaba de un asunto desgraciado, pues se decía: «Alejandría y Malta se encuentran todavía ocupadas por tropas británicas: el gobierno tenía derecho para quejarse de ello, pero ha sabido que los buques que han de transportarlas están ya en el Mediterráneo. El gobierno garantiza á la nación la paz en el continente y le es permitido esperar en la duración de la paz marítima. Esta paz es lo que necesitan y piden todos los pueblos y para conservarla hará el gobierno todo cuanto pueda ser compatible con el honor nacional, que, á su vez, está íntimamente ligado con el cumplimiento estricto de los tratados. En Inglaterra, dos partidos se disputan el poder: el uno ha firmado la paz y parece que quiere mantenerla; el otro ha jurado odio irreconciliable á la Francia; de aquí esta vacilación de opiniones y de decisiones y esta actitud pacífica y amenazadora á la vez. Mientras dure esta lucha de partidos, el gobierno de la República debe adoptar medidas previsoras y tener dispuestos, como los tiene, 500,000 hombres para protegerla y vengarla. ¡Extraño estado de violencia producido por las malas pasiones de dos pueblos ligados á la paz por iguales intereses é idéntica voluntad! Pero cualquiera que sea el final de la intriga en Londres, no logrará aliarse con otros pueblos y el gobierno puede decir con orgullo: No contando mas que con sus propias fuerzas, Inglaterra no puede actualmente luchar contra Francia. Pero esperemos en la solución mas favorable y prefiramos creer que en el gabinete inglés prevalecerán los consejos de la prudencia y la voz de los sentimientos humanitarios. Sí, es indudable que la paz adquirirá cada día mayor firmeza; que las relaciones de ambos gobiernos tomarán aquel sello de bienestar que conviene á sus recíprocos intereses; una tranquilidad rica en beneficios hará olvidar los largos males de una guerra desastrosa, y Francia é Inglaterra, al hacer su mutua felicidad, se conquistarán la gratitud de todo el mundo.»

A este manifiesto formal contestó el gabinete británico con un discurso de la corona que leyó el rey Jorge III en 8 de marzo y que produjo el efecto de una declaración de guerra, pues no contenía palabra alguna de disculpa por lo de Alejandría y Malta y en cambio anunciaba que se habían adoptado ciertas medidas que habían hecho necesarias los supues-

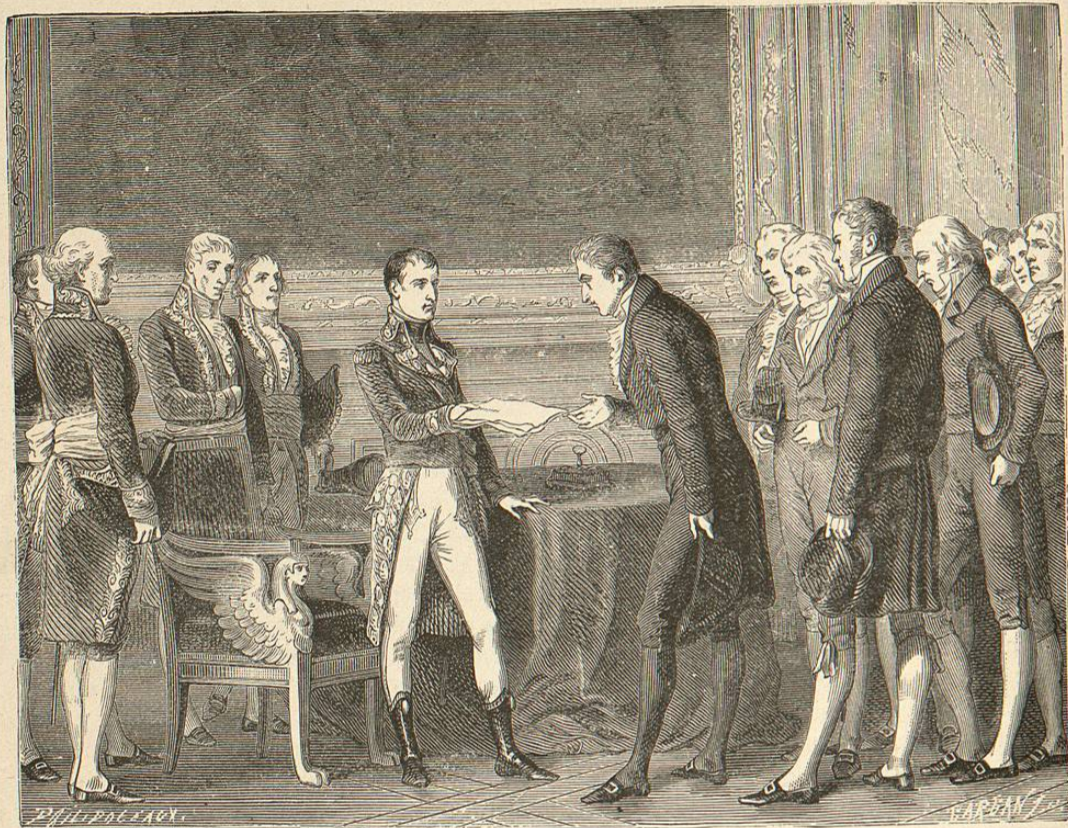
tos preparativos de guerra que se hacían en los puertos de Holanda y de Francia; dos días despues, el 10 de marzo, un segundo mensaje del ministerio llamó á las armas á las milicias del Reino Unido. El día 11 de marzo tuvo Napoleón en su poder el texto de aquel discurso de la corona é inmediatamente firmó un decreto (1) en el cual se ordenaba que se organizaran y aprestaran dos escuadrillas nacionales, una en Dunkerque y otra en Cherburgo. La primera debía componerse de 100 chalupas cañoneras y de 320 botes cañoneros y la segunda de 20 de aquellas y 80 de éstos. En Dunkerque, además, debían hacerse todos los preparativos necesarios para construir, aprestar y armar 100 chalupas cañoneras y 500 botes cañoneros. Tales fueron los preparativos para una gran expedición de desembarque en Inglaterra. El mismo día 11 de marzo escribió Napoleón cartas al emperador de Rusia y al rey de Prusia, para manifestarles (2) que, en virtud del tratado de Amiens, los ingleses, en el plazo igual de tres meses, debían evacuar la plaza de Malta y los franceses el puerto de Tarento; que dentro del referido plazo habían quedado evacuados el puerto y la rada de Tarento, á pesar de lo cual continuaban los ingleses en Malta; que la única razón para ello alegada era la de que había de nombrarse el nuevo gran maestre de la órden de San Juan; que despues de nombrado éste, Inglaterra había pedido que Rusia garantizara la independencia de la órden; que á pesar de haber sido ésta garantizada los ingleses no habían salido de Malta, antes bien habían pedido el derecho de ocuparla por espacio de siete años; que esta conducta no podía menos de ser considerada por la Francia como un quebrantamiento de palabra sin ejemplo en la historia, y que confiaba que al oponer su resistencia á los perjuicios que esta infamia había de ocasionarle no se vería abandonada. En 12 de marzo se envió al general Duroc (3) á Berlin con una misión extraordinaria para que manifestara á la corte prusiana que el primer cónsul estaba decidido, en caso de una nueva guerra con Inglaterra, á ocupar el Hannover y que esperaba, al propio tiempo, que el rey de Prusia, que había garantizado la evacuación de Malta, ayudaría á Francia á obligar á Inglaterra á cumplir su compromiso.

En la gran recepción que hubo el domingo 13 de marzo en las Tullerías y á la cual asistieron todos los embajadores, se permitió Napoleón representar con el de Inglaterra, lord Whitworth, la primera de aquellas escenas de indignación, perfectamente estudiadas, que desde entonces debían constituir el principal atractivo de sus solemnes recepciones en corte. Según él mismo nos afirma, dijo á lord Whitworth, en aquel 13 de marzo: «Por espacio de quince años hemos riñido; parece que en Londres amenaza una tempestad y que se quiere que sigamos riñendo quince años mas. El rey de Inglaterra ha dicho en su mensaje que Francia se preparaba para una guerra de ataque, y se ha equivocado, pues en los puertos franceses no se ha hecho ningun preparativo digno de notarse y todos los buques están en camino hácia Santo Domingo. Ha añadido que existen disidencias entre ambos gabinetes, y yo no sé de ninguna. Lo indudable es que Inglaterra debe evacuar á Malta y que á ello se ha obligado S. M. por medio de un tratado. Al pueblo francés se le puede matar, pero no intimidarle. — Si es preciso llegar á una guerra, caiga ante Dios y ante los hombres la responsabilidad sobre los que han negado su firma y se niegan á cumplir los tratados.» Estas mismas palabras las consignó Napoleón en las instrucciones que aquel propio día envió al embajador de

(1) Corresp., VIII, págs. 240-243.
(2) Corresp., VIII, págs. 236-238.
(3) Corresp., VIII, pág. 247.

Francia en Inglaterra, el general Andreossy (1), con lo cual se señalaba de una vez para siempre el tono que desde entonces volvió á dominar en las relaciones entre ambos gabinetes.

Napoleon reunió los recursos necesarios para la nueva guerra por medio de un buen negocio (2), vendiendo á los Estados Unidos la Luisiana, comarca de la desembocadura del Misisipi que era de inapreciable valor para el Norte-América y á la cual Francia no podia defender en tiempo de guerra ni explotar en tiempo de paz. El precio de la venta fué de 80 millones, de los cuales 60 pasaron al Tesoro y los otros 20 los percibió el comercio norte-americano como indemnizacion de los buques injustamente apresados durante la última guer-



El primer cónsul entregando á los diputados suizos el acta de mediacion.

CAPÍTULO V

FEDERICO GUILLERMO III Y LA NEUTRALIDAD DE PRUSIA

La fatalidad que sobre Prusia pesaba en aquella época consistía en que esta nacion se encontraba puesta entre dos antítesis sin poderse decidir por ninguna de ellas, y al propio tiempo carecía de medios para sobreponerse á las dos y crearse con sus propias fuerzas una situacion propia. Lo que era lo debía á la lucha ó por lo menos á la contradiccion con el Sacro Imperio Romano, con sus organizaciones mundanas y eclesiásticas, con la política universal y dinástica de sus emperadores; en su consecuencia, no podia hacer, para la conservacion del imperio romano y de sus columnas, el sacrificio de sus electores y fundadores eclesiásticos, de los caballeros, condes, ciudades y aldeas imperiales. La revolucion con que la Francia amenazaba á este Sacro Imperio Romano no podia hallar en ella oposicion sin atentar á las leyes de su propia existencia: todo su porvenir dependia de verse, con todo el pueblo aleman, libre de aquella sociedad fósil que estaba en-

(1) *Corresp.*, VIII, pág. 247.

(2) Thiers, tomo IV, págs. 316-322.

ra. El gabinete inglés, decidido de antemano á la guerra por motivos que mas adelante veremos, envió en 23 de abril á Paris un ultimatum inaceptable, en el cual no se ofrecia mas que el reconocimiento del nuevo orden de cosas en Italia y se pedia, en cambio, la posesion de Malta por diez años, la cesion de la isla Lampedusa, la inmediata evacuacion de Suiza y Holanda y una determinada indemnizacion para el rey de Cerdeña. Este ultimatum fué naturalmente rechazado y en 17 de mayo de 1803 se retiraron de las respectivas cortes los embajadores. Desde entonces, no se llegó nunca entre Napoleon é Inglaterra ni siquiera á una apariencia de paz, como habia sido la convenida en Amiens.

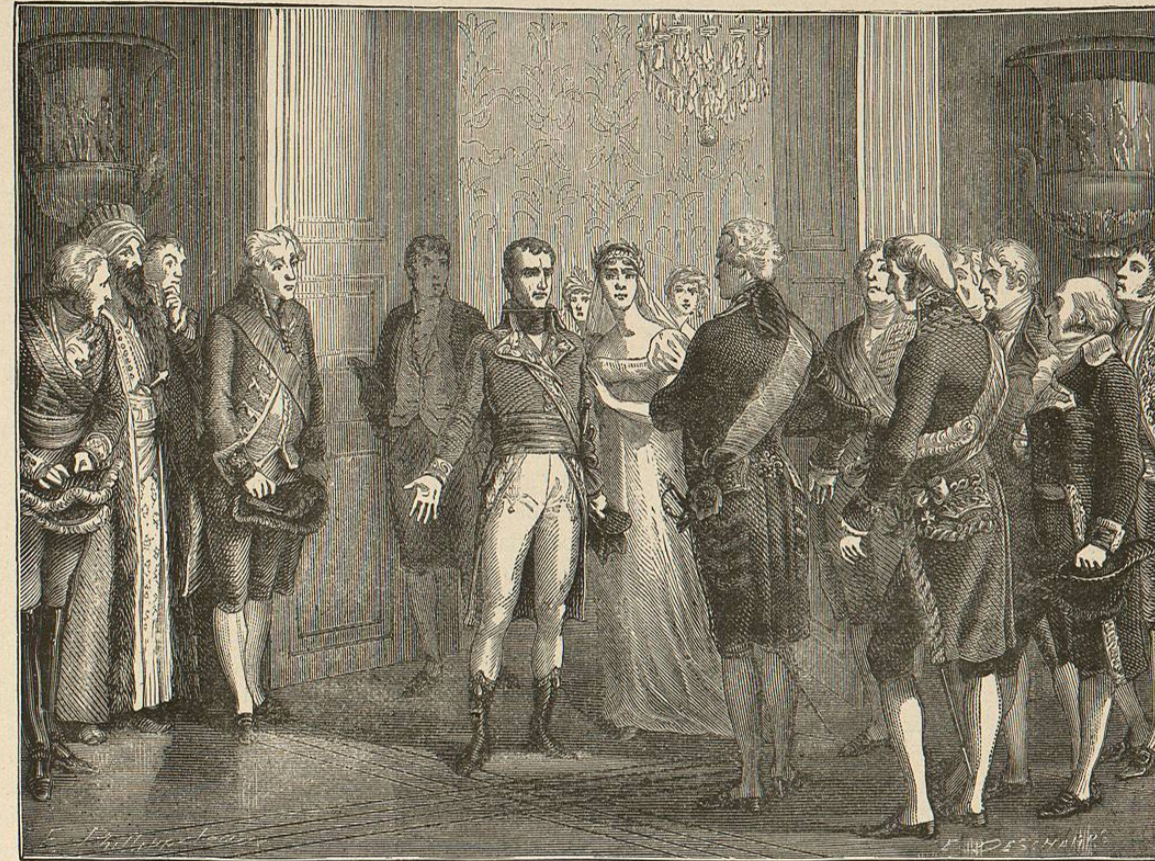
cerrada en las palabras «emperador é imperio,» en el sentido en que entonces eran entendidas. Por otro lado, como gran potencia cuyos intereses estaban incondicionalmente ligados con los de la nacion alemana, no podia someterse á la política francesa, que se traducia por el robo, el saqueo y la devastacion de las comarcas alemanas, por el avasallamiento de los príncipes alemanes, por la definitiva servidumbre del pueblo aleman. No podia ni hacer la guerra del imperio al servicio del emperador, ni la guerra revolucionaria al servicio de Francia; y siendo demasiado débil para ofrecer la paz á ambas naciones, no le quedó mas recurso que permanecer neutral y consolarse de las desdichas que en aquellos tiempos tenian que sufrir las potencias neutrales, con el convencimiento de que los intereses vitales de Prusia no podian ganar y antes bien podian perder por una y otra parte.

Tal es el punto de vista desde el cual debemos juzgar aquella época, tan injuriada, de la política prusiana, y esta manera de juzgar habria sido general si durante muchos años no se hubieran profesado ideas equivocadas acerca de la impotencia interior de esta monarquía, en apariencia tan poderosa, y acerca de la dura necesidad que imponia sus leyes á sus reyes y á sus ministros. Si en aquella época el Estado de Federico el Grande estuvo por su actividad ó por su inercia en

contradiccion con la opinion pública, culpa fué ciertamente de la mas ó menos repentina explosion del convencimiento de su debilidad. El mundo no se enteró de ello, pues la primera regla de prudencia de esta política fué guardar el mas profundo secreto sobre este sentimiento de debilidad: nuestros padres no han sabido como sabemos nosotros que este misterio era perfectamente conocido de los iniciados. Prusia era sencillamente demasiado pobre para sostener la política tal como queria el conde Hertzberg (1); para ello no tenia dinero ni crédito. Los gastos que habian ocasionado en 1787 la guerra de Holanda, en 1790 los aprestos contra el Aus-

tria y, finalmente, en 1792 la expedicion á Champaña, habian agotado por completo las cajas del Tesoro prusiano. El Tesoro público estaba tan exhausto que para el año de guerra de 1792 á 1793 hubo que hacer un empréstito de diez millones de thalers (2), y cuando en octubre de 1794 se suspendió el pago de los subsidios ingleses, se experimentó una miseria tal que el rey tuvo necesariamente que escoger entre la paz ó la bancarrota. Si no se hubiera hecho la paz de Basilea ó habria tenido que licenciar á sus tropas ó dejar de pagar á los empleados (3).

La falta de libertad de accion que nace de la carencia de



Napoleon apostrofando á lord Whitworth en presencia del cuerpo diplomático.

recursos fué la maldiccion que pesó sobre la política prusiana: la misma necesidad que hizo imposible en Basilea la defensa del derecho propio, porque desgraciadamente no podia intentarse un rompimiento, obligó á aceptar la tercera desmembracion de Polonia (4), acerca de la cual escribia Federico Guillermo, en 25 de agosto de 1795, á Hardenberg: «No soy yo quien ha buscado ó deseado esta última desmembracion: estoy muy léjos de hacerme ilusiones acerca de los inconvenientes que puede traer consigo, pero desgraciadamente no estaba en mi mano el impedirlo; si lo hubiera intentado me habria visto enredado, en las condiciones mas desfavorables, en una guerra con las cortes imperiales, que he debido evitar en consideracion á la situacion interior de mis Estados (5).» Los diez años de paz de que disfrutó el Norte de Alemania por efecto del tratado de Basilea fueron extraor-

dinariamente beneficiosos para la vida moral de la nacion alemana, pues la elevaron hasta el mas noble florecimiento y maduraron sus mas ópimos frutos. Pero el Estado prusiano no alcanzó, durante esta época, ni mas consideracion en el exterior ni mayor fuerza en el interior: para él, esta década fué la preparacion de una gran catástrofe.

A la neutralidad de Prusia le faltaba la dignidad, porque era impuesta por la necesidad y porque en su conducta debía evitar todo aquello que hubiera podido exponerla á tener que hacer una demostracion de fuerza. Contra la creacion de una línea de demarcacion armada para defender militarmente la neutralidad contra todas las agresiones, manifestó el ministro, baron de Alvensleben (6), «que el fundamento principal y quizás el único que habia inducido á S. M. á firmar la paz de Basilea habia sido la falta de medios para continuar la guerra y la imposibilidad manifiesta de procurárselos. — La declaracion — añadia — de que el rey no consentirá nunca que sea atacado el Norte de Alemania la considero demasiado decisiva, dada nuestra situacion, tanto mas, cuanto

(1) Parte primera.

(2) Philippson, tomo II, pág. 104.

(3) Philippson, tomo II, pág. 111. Véase Riedel: *La hacienda brandeburgo-prusiana*, pág. 195.

(4) Parte primera.

(5) Ranke: *Memorias del canceller de Estado, el príncipe Hardenberg*. Berlin, 1877, tomo I, pág. 326.

(6) Nota de 21 de febrero de 1796, en P. Bailleu: *Prusia y Francia, 1795-1807*, tomo I, pág. 49.